

to de Dios quien mató á Rodrigo por la mano suya: así habla Ali ben Abd el Rhaman ben Hazil, en Casiri, pág. 528. Los godos, faltos de su general (pues bajo este concepto principalmente les fué azaroso el malogró de Rodrigo), siguieron sin embargo sosteniendo la lid por tres días, pero con quebrantó horroroso. Los árabes y bereberes de Tarec lo fueron más y más maltritando y acosando, sin dar coto á la matanza mientras quedó un enemigo, cubriendo de cadáveres tracinados acá y acullá el campo de batalla y sus cercanías. Fue tal el número de los muertos, según espresion de un escritor arábigo, que solo Dios, quien los crió, pudo saberlo, y que el terreno permaneció por largos años atestado de reliquias humanas y hosamento blanco.

Esta es la relación de los historiadores musulmanes, añadiendo que Tarec hizo cortar la cabeza á Rodrigo y se la envió á Muzá, el cual igualmente la remitió á Walid con el pormenor de la batalla de Guadalete. La fantasía arábigo ha ido despues recargando esta narrativa con muchas pinceladas, y los españoles han venido á sobrepujarla. Unos y otros suponen á Rodrigo capitaneando la batalla como un sátrapa verdadero, encumbrado allá en carroza magnífica y guerrera, de marfil tersísimo, con ruedas de plata y su tiro de mulas tordillas, la cabeza ceñida de una corona de perlas centelleantes, y revestido de un ropagé de púrpura y de oro. Un autor moderno, á no se sabe qué cronista llamado Eucando, llega á decir hasta que Rodrigo estaba debajo de un dosel de tela resplandeciente de oro *con su escudo de armas*. Pasaremos de largo tamañas falsedades, pues al contrario, todo nos inclina á creer que las costumbres godas eran ajenas de boato tan intempestivo, que en Rodrigo no cabian asomos de sátrapa asiático; mas aquella lobreguez de documentos contemporáneos ha franqueado campo anchuroso á las fantasías anoveladas, y Rodrigo y los personajes principales de aquella temporada han venido á parar en unos entes de farsa y mogiganga que nada tienen que ver con ellos.

Segun otros autores, no fué solo el denuedo de Tarec y sus bereberes el que decidió el trance de la batalla y pues el tercer día habían cejado efectivamente sus cuerpos, y al desesperar ya de la victoria vino un emisario, á deshora, participándoles como los hijos de Witiza y su tio Opas están prontos á pasársele, con tal de que si vencian, los dejase reinar en los godos como lo habían logrado padre y abuelo, contentándose con un tributo y una porcion del territorio español; y si esta quedó positivamente aplazada, sería la inmediata al estrecho. Bajo

este sentir, Tarec, exhausto ya de ahinco y de conatos, aceptó desaladamente la propuesta con cualesquiera condiciones, reservándose el deslindarlas tras la victoria; y por la madrugada, en el trance de cejar de nuevo los suyos ante los godos, el arzobispo Opas y los dos hijos de Witiza se le incorporaron con parte de las tropas que peleaban en el ejército godo. Proporcionadas entonces las fuerzas con aquel aumento de los tres caudillos preponderantes de la hueste de Rodrigo, siguió sin embargo todavía reñida contienda, y mediaron aun otras tres jornadas de pelea y de matanza, antes que la victoria quedase por los árabes.

El Dhóbi achaca la derrota de godos á su preciosa caballería, quienes al parecer no solian esmerarse en la cria de caballos, pues los usaban poco y no los amaestaban para la guerra. Aquellos alazanes de la Bética, tan decantados con los romanos y encarecidos por sus poetas, estaban muy ajenos de su antigua nombradía, y la conquista de la península por los árabes era la que los había de regenerar. Por lo demás, el autor recién citado nada dice de la traicion de los hijos de Witiza, como tampoco ningun autor arábigo de los mas cercanos al acontecimiento.

Todos los documentos contemporáneos suponen muerto á Rodrigo en la batalla, ya que feneciese desconocido en la refriega, ya que fuese efectivamente Tarec el matador. Hay quien refiere que el rey, al ver su ejército ya en derrota deshecha, trató de ponerse en salvo, y lo consiguió por la velocidad de su yegua Oreña, tan celebrada en los romances españoles. Desapareció sin que asomase mag por parte alguna. Halláronse no obstante corona, manto real y boreguies á las orillas del Guadalete, lo que hizo creer que se había ahogado. Dicen otros que logró con efecto salvarse en Galicia, donde llevó una vida penitente, y murió mucho despues en hábito de monje. Se cita en apoyo de esta última opinion la siguiente inscripcion sepulcral, hallada un siglo despues.

*Hic requiescit Rudericus
Ultimus Rex Gotorum.*

Mas la autoridad de este rótulo está muy ajenas de comprobarse, y porque lo traiga Sebastian de Salamanca, no han titubeado los mejores criticos en desecharlo por apócrifo.

Varian los historiadores en la fecha importantísima de la batalla de Guadalete; y no me cabe ahora el ir desengañando sobre los yerros cometidos en es-

te punto. Sin embargo, afirman los mejores ingenios árabes y los primeros cronistas cristianos que el trance fué en el año 92 de la egira. Ateniéndonos á la fecha terminante del principio de la batalla que trae el autor, seguido por Conde, á saber: el 3 de schawal, 92 de la egira, resultará para su finiquito el 15 de schawal (23 de julio de 711 de Jesucristo) año 749 de la era de España.

Se han suscitado dudas acerca de la duracion de la refriega; mas era corriente entre los árabes, y debia serlo igualmente entre los hereberes, el entablar así los trances, y pelear no tanto de poder á poder como con escaramuzas mil veces repetidas, con algaradas, hasta que conceptuasen que habia llegado el trance oportuno y en cierto modo concluyente; pues consta que la batalla de Kufa, entre Ali y Moawiah, que peleaban por el imperio, duró varios dias. «El guerrear de los árabes, dice Gibbon, no era como el de los griegos y romanos, en linea toda cuajada, el empuje unido de la infanteria, ginetes y flecheros componian lo general de sus fuerzas, y una batalla, ya interrumpida, ya renovada con encuentros parciales y escaramuzas fugitivas, podia irse dilatando por dias y dias sin que asomase el trance decisivo.»

Fué Teodomiro, recogiendo las reliquias del ejército hispano-godo, y se retiró hácia el territorio que poseia al Norte de la Cartaginesa; donde los godos que habian peleado con él, y presenciado sus conatos para rechazar la invasion, lo eligieron, por supuesto, con algun atropellamiento y sin la concurrencia de los obispos dispersos ó fugitivos, por rey en lugar de Rodrigo ya difunto.

Esmeróse Tarec en utilizar la victoria, y siguió acosando á los enemigos hasta el Guadiana; sitió marchando y tomó á Astisis, donde se habia guarecido un cuerpo considerable de godos salvados de la matanza del Guadalete. Escribió, sin embargo, al wali, noticiándole el triunfo de las armas musulmanas y pidiéndole refuerzo.

ENTRADA DE MUZA EN ESPAÑA.—CONSECUENCIAS DE LA VICTORIA DE TAREC.—TOMA DE CÓRDOBA.—ENTRADA DE TAREC EN TOLEDO.—CONDICIONES IMPUESTAS POR EL VENCEDOR.—MARCHA DE MUZA.—CAPITULACION DE SEVILLA.—SITIO Y TOMA DE MÉRIDA.—EXPEDICION Y CORRERIAS DE TAREC AL NORTE DE TOLEDO.—REUNION DE ENTRAMBOS CAUDILLOS EN TOLEDO.—APEAMIENTO DE TAREC.—AVANCES DE ABDELAZIZ EN LAS PROVINCIAS ORIENTALES.—RESISTENCIA DE TEODEMIRO.—CURIOSO TRATADO DE PAZ.—REINO DE TEODEMIRO.—RECONCILIACION DE TAREC Y MUZA.—CAMPAÑA MANCOMUNADA DE ENTRAMBOS GENERALES AL CENTRO Y AL ORIENTE DE LA PENINSULA.—SU INCORPORACION DELANTE DE ZARAGOZA.—TOMA DE ESTA CIUDAD.—RESULTAS DE LA CONQUISTA.—LLAMAMIENTO DE MUZA Y DE TAREC A DAMASCO.—GOBIERNO DE LA PENINSULA BAJO ABDELAZIZ-BEN-MUZA.

Desde 711 hasta 715.

Recibió Muza la noticia del triunfo grandioso de Tarec con ímpetu de celoso enfado; pues la nombradía de su lugar teniente le pareció un cercen de su propia gloria; y concuerdan todos los documentos en achacar tan ruin pasion al antiguo general musulman. Acordó pasar personalmente á España con su hijo para redondear la conquista de aquel hermoso pais. En la carta que escribió al califa participándole tamañas ventajas y la victoria del Guadalete, y llamó el nombre del vencedor verdadero, y la fué enmarañando y refiriendo en globo, de manera que por el pronto le atribuyó el califa el triunfo ageno. Miró Walid con despegó la cabeza embalsamada de Rodrigo, como avezado á tales presentes, y al mismo tiempo el wali, esponiéndose á que los godos se rehiciesen y á que todo viniese á malograrse, envió á su teniente valeroso la orden terminante de no adelantarse mas hasta su próxima llegada con las fuerzas competentes para allanar de extremo á extremo la peninsula. Arregló, pues, los negocios de Africa, juntó hasta diez mil caballos, diecen, y ocho mil infantes árabes y africanos, dejó en su lugar para el gobierno del pais en Kairuan á su hijo Abdalrahmán (1), y en la luna de redjeb del año 93 (712), partió para España.

(1) El Habár dice que dejó en Africa á su hijo mayor Abdalrahmán, y El Dhobi que fué Abdelaziz, y nombra al otro Abdelolah; El Ummi dice que Muza tardó cuatro meses en venir á España.

só el estrecho y desembarcó en España acompañado de su hijo Merwan, cuyo nombre llevó despues el alcázar edificado al poniente de Córdoba sobre el río.

Tenia bajo sus banderas, dice Gibbon, los koraishitas mas esclarecidos, confirmando este aserto del gran historiador muchísimos textos arábigos. Entraron con efecto en España con Muza muchos ginetes de la tribu de Khoraiish y otros árabes sobresalientes: el Monidher, Ali-ben-Rebahh, Hhayut-ben-Redja el Temani, Hhaneih-ben-Abdalá el Saani, quien despues fundó la gran mezquita-djema de Zaragoza. Hay pues que diferenciar casi en todo esta segunda expedicion de la primera.

Bueno es despejarlo aqui cumplidamente: la primera conquista de España fué obra del bereber Tarec; la toma de posesion definitiva del árabe Muza, pues dará mucha luz este deslindamiento sobre el contesto de la historia presente. La contraposicion de las dos raleas, que se nos irá evidenciando con hechos posteriores, descuella así desde el origen de la conquista entre los dos caudillos que la redondearon; distincion fundamental que no asoma con despejo en los historiadores particulares y recientes de la dominacion arábiga.

Sobrecogió la orden de Muza á Tarec en medio de sus avances; tuvo sus impulsos de obedecer; pero hecho cargo de entrambos peligros, antepuso el mas airoso, y tomó el partido de la desobediencia. Questo no obstante, con la doblez genial de los africanos, cohonestar su arrojó con pretestos vistosos. Juntó los caudillos del ejército y les comunicó las órdenes del wali. Prorumpieron en muestras de sumo desagrado con mandamiento tan intempestivo; pues ¿cómo cabia el hacer alto en circunstancias tan favorables? Todos opinaron que no se debia malograr tiempo tan precioso. Julian, el cristiano, fué quien, segun algunos, sobresalió entre los que estuvieron por no dar sosiego á los godos, y se ponen sobre el particular en su boca palabras muy peregrinas: «Puesto que venciste, le hacen decir, la gran hueste de los godos, y que los magnates acompañantes de su rey en la batalla de Guadalete andan dispersos ó fugitivos; no debes tú desperdiciar esta temporada en que sus pechos están todavia despavoridos con tus armas: acósalos ahora mas y mas, pues si vuelven en sí, lograrán rehacerse, juntar nuevas tropas y desasustar á los trémulos soldados. Debes, pues, sin tardanza internarte por las provincias y apoderarte de las ciudades principales, pues tan solo cuando tú las señoreas, como tambien á la capital, estarás ya en salvo.»

Estrechado así Tarec, se avino; formó su tropa, fué repartiendo las banderas y les habló de cuanto les quedaba que hacer, encareciendo su denuedo anterior; les hizo las recomendaciones corrientes entre musulmanes antes de emprender alguna expedicion militar; que no dañasen á los pueblos pacíficos y desarmados; que no se ensañasen sino con los que tratasen de resistirles; que no saqueasen ni cargasen con despojos sino en el campo de batalla y en las poblaciones tomadas por asalto, etc., etc.

Dividió luego su ejército en tres trozos: entregó el primero á Mugeith el Rumi (1), lo envió á Córdoba; dió el mando del segundo á Zady-ben-Kesadi el Sekseki, para encaminarse á Málaga; y el mismo, acaudillando el tercero, internándose por el reino, marchó por el territorio de Jaen hácia Tolaitola (2).

La primera division, mandada por Zady-ben-Kesadi, fué arrollando en poco tiempo las reliquias del ejército visigodo hasta las provincias orientales; tomó á Astijis, que se le resistió con empeño, le impuso tributo, la dejó á cargo de los judíos con un corto número de árabes, llevándose por via de rehenes algunos de los principales habitantes. Tomó igualmente, y como al paso, á Málaga y Elvira, que al parecer no le hicieron resistencia, las trató en los mismos términos y se reincorporó con Tarec, que se encaminaba por Jaen hácia Toledo, á corta distancia de esta capital.

Fué igualmente venturosa en su rumbo la division enviada sobre Córdoba á las órdenes de Mugeith. Descollaba en lo antiguo un pinar á la izquierda del río y á cierto trecho de Córdoba. Hizo alto alli Mugeith con su gente, compuesta casi toda de moros y bereberes; algunos batidores, disfrazados de soldados godos, se adelantaron á reconocer el pais, y volvieron luego trayendo consigo un pastor cerril que habian afianzado á corta distancia de la ciudad. Asustóse el bozal á la vista de los trages, tan

(1) Mugeith el Rumi (el romano, el griego, el cristiano, el extranjero.)

(2) Tolaitola; así desfiguraron los árabes el nombre de Toledo, corrompiéndolo de *Urbs Toletana*, que estaban oyendo nombrar á los cristianos. Así igualmente sacaron de Astiji, Estija por Eeija, de Coesarangusta, Saracusta por Zaragoza, y de Hispalis, Ebbila por Sevilla. Hemos concepuado tener que seguir á Condé en este particular: iremos de tanto en tanto recordando, por aquellos primeros tiempos, los nombres de las ciudades y provincias españolas, como los árabes las fueron pervirtiendo, por cuanto puede conducir para desentrañar el origen de muchos nombres modernos, y rastrear las denominaciones primitivas.

nuevos para él, de los soldados de Mugeith; mas el general musulman lo serenó y trató de sacar partido de su prisionero.

Ocorre cuál pudo ser el idioma para entenderse, en el principio de la conquista, vencedores y vencidos. Nos consta que el latín, no estragado todavía entre el clero y los principales de cada pueblo, pero pervertido ya en la infima esfera, era á los principios del siglo VIII el único dialecto que hablaban y comprendian en España los señores y el pueblo, godos é indigenas. Tuvieron, pues, los conquistadores que comunicarse indispensablemente con los habitantes de España con el habla corriente, ya directa ya indirectamente y por intérpretes, lo que les seria menos trabajoso de lo que se nos está figurando ahora. Vencedores ya de la Siria, del Egipto y de la Mauritania, que fueron por largos siglos provincias romanas, debieron irse reclutando al paso con sus naturales, familiarizados ya con la lengua latina. Era el mismo Mugeith de los invasores, é incorporado con los árabes, se habia hecho musulman, mas era romano de nacimiento, como lo está diciendo su apellido El Rumi, aplicado por los árabes á todos los nacidos en las provincias antiguas del imperio romano; no pudo menos, pues, Mugeith de conversar en latín con el pastor cordobés apresado por sus batidores.

Enterándose por él de las brechas que podia haber en los muros de Córdoba para asaltarlos, logró informe ventajoso. El bozal, por temor ó por ociosidad, le puntualizó con efecto un paraje obvio para internarse en la ciudad, y se brindó á ir de guia en anocheciendo. Llegado el trance, se acercaron los musulmanes á la plaza, y Dios, hablando como el autor arábigo de quien tomamos la relacion, favoreció su empresa. Una granizada tormentosa encubrió su marcha, y mil ginetes á su salvo, llevando cada cual su infante, con Mugeith y el guia al frente, atravesaron el rio á nado, llegaron ocultamente á los muros mismos de Córdoba, y luego el pastor los condujo al portillo ofrecido. Habia al pié de la muralla ruinosa una higuera grandísima cuyas ramas le sirvieron de escalones. Un árabe mas ágil y brioso que los otros, trepando por fin á lo alto de la brecha, y descendiendo su turbante y tendiendo allá un extremo á Mugeith, le ayudo á encaramarse igualmente. El mismo turbante afianzado ya por los de arriba, fué sirviendo de escala para que trepase un número competente de compañeros, y entonces, encaminándose á las puertas de la ciudad, las abrieron, degollando los centinelas, á la tropa de fuera, que

se arrojó á las calles vocando victoria, y se apoderó de todo el pueblo antes del amanecer. Despavorido el vecindario con el tropel y gritaría de la soldadesca, tuvo que avenirse á la ley del vencedor. El gobernador, sobrecogido y abultándose con demasia la fuerza enemiga, apenas tuvo lugar para refugiarse con cuatrocientos armados en la iglesia principal, que estaria como otras muchas de aquel tiempo, fortificada, ó cuando menos cercada de fosos. Los sitiados, teniendo agua y abastos, se defendieron largos dias con teson, hasta que incendiando el albergue, fenecieron todos en las llamas. Apellidóse despues aquel sitio, la *iglesia de la Hoguera*, y mereció siempre grandísima veneracion á los cristianos, en memoria del valor y la resignacion de los sacrificados en el trance.

Hemos ido conservando en esta relacion el matiz peregrino, y sin embargo verídico, que tiene en el escritor arábigo.

Mugeith, dueño de la ciudad, le habia impuesto las condiciones corrientes, á saber, el tributo del quinto, cargando con rehenes escogidos para resguardo del tratado. Consumada la rendicion, plantó allí el cuartel general de la conquista, incorporó toda su division, puso en manos de los judios parte de la guardia militar del pueblo, dejando no obstante (particularidad muy reparable y atestiguada con muchas autoridades) la administracion á los prohombres del vecindario, y luego siguió recorriendo las campiñas y aldeas del distrito, para detener con su presencia y su victoria. Aquella politica y aquel impetu de los árabes, cuya actividad portentosa los iba multiplicando y haciendo aparecer acá y acullá en un mismo punto, les granjearon rápidos triunfos en España.

Fué su conquista, cual ninguna, de nodada y ejecutiva, asaltando pueblos y pueblos por todas partes. Mientras Mugeith se estaba así posesionando con un golpe de mano de Córdoba, se adelantaba Tarec hácia Toledo. Era general el pavor; señores y clero ni soñaban en hacer resistencia; huyendo desaladamente hácia Asturias ó hácia la Galicia y cuantos hallaban bajeles ó barquillas se encaminaban á Italia con todo el caudal que podian recoger, y así los árabes iban encontrando las ciudades como despobladas. (1).

Iban imponiendo casi por donde quiera la misma condicion del tributo anual de guerra de un quinto y á veces de un décimo de las rentas de fincas, exi-

(1) Manuscritos de Oxford.

giendo cierto número de rehenes, recogiendo los caballos y animales de tiro, y confiscando muebles y sitios de todos los fugitivos.

A cuantos permanecían les dejaban todo género de propiedades, reservándose siempre el quinto de las rentas y las requisiciones de guerra. Franqueábase también libertad religiosa y ejercicio de su culto á los cristianos, bajo las dos condiciones de no practicarlos más que en el interior de las iglesias, y de no estorbar el hacerse musulmanes cuantos lo apetecieran. Manteníanse las iglesias, mas no se permitía el edificar otras nuevas, pues tal vino á ser el contesto de los tratados desde el origen de la conquista. En cuanto á clérigos y monjes, no aparece que atropellasen á los que se arriesgaron á ponerse bajo la salvaguardia de los árabes. El testigo cristiano mas auténtico de aquella temporada, el obispo Isidoro, siguió desempeñando su mitra de Bejar, si es que se hallaba ya de obispo á la entrada de los árabes, y acabó de escribir su crónica, que llega hasta 754, á presencia de los conquistadores, y cuando España estaba ya cuajada de mezquitas.

Entretanto Tarec y Zayden Kesadi están ya sobre Toledo (1); las relaciones de los vencidos en el Guadalete habían ido por donde quiera asustando y engrandeciendo el número de los enemigos; su desnudo y la sobresalencia de su caballería; los principales que habían seguido á Rodrigo, ú habían fenecido peleando ú andaban fugitivos; aun los quedados al pronto huyeron al asomo de los enemigos, de modo que la ciudad régia de los visigodos venia á estar indefensa. Por mas que la colocacion ventajosísima de la ciudadela sobre un peñon tajado y casi cercado por el Tajo ofrezca proporciones de resistencia á los extranjeros, pide el vecindario capitulación, pues se halla desabastecido y desahuciado de todo auxilio. Recibe Tarec á los comisionados con agrado y entereza, y se acuerda que entregarán cuantas armas y caballos se hallen en la ciudad; que quien guste marcharse podrá hacerlo á su albedrío, desprendiéndose de todos sus haberes, que cuantos queden vivirán en paz é inviolablemente dueños de sus bienes, pero sujetos únicamente á un tributo moderado; que gozarán del libre ejercicio de su religion, del uso de sus iglesias y del derecho de conservarlas; que no edificarán otras nuevas sino con permiso del gobierno;

que no harán procesiones públicas, que se gobernarán por sus leyes y jueces anteriores, pero que no molestarán ni castigarán á los que quieran hacerse musulmanes. Entrega el vecindario armas y rehenes, y caudillos y tropas árabes entran en la ciudad.

Tarec se aposenta con su guardia en el alcázar, colocado sobre un cerro señoreando el rio; edificio grandioso, y realzado mas y mas por los últimos reyes, particularmente por Wamba; halla en él riquezas y alhajas atesoradas, y segun autores, allá en un salon desviado hasta veinte y cinco coronas de oro guarnecidas de jacintos y de otras piedras esquisitas de sumo valor, igualando al número de reyes godos que habían reinado en España hasta Rodrigo. Era costumbre, dicen aquellos escritores, al fallecimiento de cada rey, el ir depositando allí su corona, esculpiendo en ella nombre, edad y número de años de su reinado; y como eran veinte y cinco los reyes godos que habían dominado en España hasta la conquista, halló Tarec sus coronas correspondientes en el alcázar de Toledo (1).

Lucas de Tuy, sin que conste con qué fundamento, como lo advierte un autor, trae la toma de Toledo en un domingo de Ramos, probablemente de 712, lo que aparece muy lejos de la batalla del Guadalete, y dice que los judios del pueblo, convenidos reservadamente con los moros, fueron los que la entregaron á Tarec, mientras los cristianos habían ido en procesion fuera de las puertas á la iglesia, que segun eso, estaria estramuros. Este pormenor, referido por primera vez en un escritor del siglo XIII, se hace realmente sospechoso.

Habia Muza desembarcado con su ejército sobre la costa de Andalucía, á la espalda occidental del estrecho, en el mes de rebjed 95 de la egira (abril de 712). Ya hemos visto que Gibraltar viene de Jebal-Tarec (monte de Tarec): tambien Muza quiso dar su nombre al cerro cercano á su desembarcadero, mas no ha quedado Jebal-Muza en la posteridad. Supo al llegar que Tarec había llevado adelante la conquista á pesar de sus órdenes, y se encolerizó sobremanera, y dicen ideó el esterminio de su lugarteniente cuya gloria quiso igualar ante todo. Enten-

(1) Una relación inverosímil supone que Tarec, al recibir las órdenes de Muza, se hallaba ya sobre Toledo, y que las cumplió, mas bien se ciñó á tomar la ciudad.

(1) Esta historia de las veinte y cinco coronas se hace algun tanto sospechosa. Cuéntanse con efecto desde Teudis, que planteó de primer rey godo, su residencia en Toledo, veinte y cinco monarcas; mas consta que Leovigildo fué el primero que ciñó materialmente la corona; es así que hubo apenas diez y siete desde Leovigildo á Rodrigo, y luego empezando en Atanarico, resultan treinta y cinco.

rado del rumbo que habia seguido, se esmeró en irse desviando de sus huellas, y halló entre los cristianos guias leales que le enseñaban el pais sin descamino ni alevosía (1). Cuando la Providencia te pone en la mano el cordon de la dicha, dice con este motivo un autor musulman, todo acude á realzarla, hasta tus mismos enemigos; y si se atraviesa algun tropiezo, corre por cuenta de la suerte el arrollarlo y allanarte el rumbo. Condujéronle sus guias al pronto con sus árabes por las costas á Schahduna (por lo visto Sidonia), que tomó por asalto; se encaminó luego á Carmona, plaza fortificada cuyas puertas se le abrieron á deshora por la traicion de los parciales de Julian, que se habian introducido socolor de compatricios y defensores. Muza puso luego cerco á Esbilia (Sevilla mientras un sinnúmero de partidas de ginetes bereberes andaban recorriendo las campiñas para atomizar á los pueblos. Resistió Sevilla un mes, pero tuvo al fin que capitular, y Muza le puso las condiciones del Islam, entresacó rehenes, entró despues en triunfo, y luego la puso á cargo de un cuerpo particular de árabes, mandados por Isab ben Abdila el Towail de Medina. Torció desde Sevilla hácia la Lujidania, nombre que dieron los árabes á la Lusitania, y que olvidaron despues. Rindiéronse Ilipula, Osonuba, Pax-Julia y Myrtilis sin disparar un flechazo. Iba dejando por los pueblos rendidos alguna tropa á las órdenes de un caudillo sensato, para enfrenar el vecindario y cuidar de los enfermos, y llegó así á señorear todo el pais que media entre el Bétis y el Anas; y luego rio arriba de este último tomó al paso otros muchos pueblos sin hallar resistencia formal hasta Mérida, cuyo vecindario le cerró las puertas. Teniendo que hacer alto sobre la antigua ciudad romana, se hizo cargo el general árabe de qué le era forzoso agolpar todo su poderío para avasallarla, llamando á su hijo Abdelacid del Africa con cuantiosos refuerzos. Atónito se mostró al avistar á Mérida, el antiguo caudillo musulman con la grandiosidad y señorío de la ciudad de Augusto, y prorumpió, se dice, en espresiones de asombro. Segun uno de sus historiadores, le pareció que para edificarla los hombres todos habian acudido con su inteligencia y su pujanza: «¡Bien haya, exclamó, quien logre señorear ciudad tan

magnífica! (1).» Ardua se hacia con efecto la empresa, pues el vecindario se habia rehecho para defenderla con parte de aquel brio guerrero que falleció al parecer de repente en los españoles al asomo de los árabes. Fué desde luego trabajoso para Muza el plantar sus reales delante de la ciudad; y tuvo que contrarrestar y rebatir una salida de los habitantes que acababan de arrebatarle las primeras tiendas. Tropezaron por fin los árabes con enemigos dignos de su denuedo.

Guerra absolutamente nueva estaba embargando al general veterano, pues hasta entonces impetus y ardides le habian bastado con las tribus hereberes; pero allí las habia con obstáculos de otro jaez. Mérida le contraonia cuanto el arte y la civilizacion habian inventado para la defensa de los pueblos, y carecia Muza de las máquinas precisas para aportillar y derribar aquellas murallas anchurosas y torreadas, aquellas almenas encumbradas que resguardaban en torno las cercanias de la plaza. Se empeñó sin embargo en allanarla. Trababa diariamente con los sitiados refriegas renidísimas por los puntos mas endebles de la fortificacion, provocándolos mas y mas á pelear con sus algaradas; disparábase luego salidas denodadas en que los naturales solian arrollar á los sitiadores. Llevaba ya Muza perdidos un sinnúmero de sus oficiales sobresalientes, cuando acudió á un ardid que le salió acertado; habia descubierto á corta distancia de la ciudad una cueva capacisima labrada en peña viva; encerró en ella de noche algunos miles de ginetes é infantes completamente armados. A la madrugada salió de su campamento como siempre para embestir las murallas, y los cristianos, avezados ya á estas escaramuzas tempranas, salieron para hacerle llamadas contra sus asaltos. Habia Muza encargado á los suyos que flaqueasen al primer encuentro y cesasen hácia la cueva, de modo que al irlos estrechando los cristianos, se acogiesen á la emboscada. Enardecidos los cristianos con la pelea y el alcance sobre los árabes, tras el vencimiento que conceptuaban efecto de su valentia, vinieron á propasarse por la espalda de los enemigos ocultos; salen estos

(2) Segun Ebn Hhayan (in Ahmed), los parciales de Julian que le acompañaban le dijeron. «Te guiaremos por un rumbo mas esclarecido que el de Tarec, y que te entregará las ciudades más ricas y populosas del Andalos.»

(1) No han quedado á Mérida mas que reliquias de su grandiosidad antigua; pues hace ya tiempo que Nuñez, (Hispan. Illus. c. 31, p. 106-110) dijo de la ciudad de los legionarios: Urbs hæc olim novilissima ad magnam incolarum infrequentiam delapsa est, et præter prisca claritatis ruinas nihil ostendit.—Mérida está sin embargo poseyendo todavia un puente de sesenta ojos, un acueducto encumbrado, un circo y una naumagua; ruinas romanas todas harto notables.